

WARD, Thomas (editor), 2010, *«El porvenir nos debe una victoria»*. *La insólita modernidad de Manuel González Prada*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos. 462 pp.

Los ensayos presentes en este texto buscan realzar el sustrato teórico, filosófico, político y estético que sostiene el pensamiento de Manuel González Prada –uno de los escritores peruanos más influyentes del siglo XX–, labor harto complicada y que ameritó la presencia de un conjunto de especialistas interdisciplinarios, tal como el que hábilmente lograron agrupar los organizadores en esta edición. De tal modo, esta compilación intenta rehistorizar el pensamiento de González Prada, reinsertando en su contexto específico las frases e ideas que expresó en tantas páginas. Dada la extensión y variedad de los artículos, me limitaré a comentar algunos temas presentes.

Pienso que la vigencia del pensamiento de González Prada se origina en dos aspectos esenciales, los que a su vez se subdividen en temáticas específicas, tratadas en la edición del profesor Ward. El primer aspecto esencial es la justeza de sus frases, al punto de que calzan con realidades que él no previó. La segunda razón se anuda con la primera: a su poderoso intelecto racional, positivista y científico fue capaz de añadirle una capacidad de intuición que justamente permite que las frases que utilizó puedan seguir vigentes.

Comencemos con el título: El porvenir nos debe una victoria, oración incluida en el celebrísimo discurso en el Politeama (1888), donde el contexto inmediato era de revanchismo contra Chile y por la recuperación de Tacna y Arica, en manos del vencedor de la Guerra del Pacífico. Así, esta frase de don Manuel se instala en un imaginario proclive a creer que la gloria nos espera y en una promesa que nos mueve hacia el futuro, sensación plasmada en la convicción de que Dios es peruano o que el país está destinado a la grandeza. Por ello la oración mencionada y que encabeza la edición la puede utilizar un político con ambiciones electorales, un ministro de economía o, no menos importante, un entrenador que quiera renovar nuestra fe en el más que devaluado fútbol peruano.

Como señala el profesor Ward en su introducción, el objeto de este libro, fruto de un segundo encuentro de especialistas en el tema, fue situar a González Prada frente a problemáticas específicas en las que era necesario sobrepasar este nivel tan epidérmico de las frases. Como también anota el profesor Ward, don Manuel construyó un método de acercamiento a la realidad a partir de una «moral absoluta contra la relatividad», optando por desarrollarse, junto con otras consideraciones, en el terreno del ensayo y de la síntesis.

Un caso sumamente interesante es el del liberalismo. Como se reconoce en los ensayos del texto, la noción de liberalismo es compleja y no todos los autores coinciden en delimitar el campo semántico del concepto. Además, la propia relación de don Manuel con el liberalismo fue complicada y crítica. Como explora Carmen Mc Evoy, él estuvo vinculado a los círculos literarios que terminaron por formar el civilismo. Sin embargo, su opinión acerca del liberalismo en el Perú es durísima y casi lapidaria. Siguiendo a Mc Evoy, el liberalismo peruano radical fracasó hacia 1856 por no haberse desprendido de la tutela militar y porque su radicalismo terminó por polarizar a la sociedad.

Por medio del Partido Civil se consagraron las virtudes del trabajo y del asociacionismo que fueron reflejo de una cierta modernización burguesa presente, al menos, en Lima. Sin embargo, como también muestra Mc Evoy, la evaluación que hace don Manuel de este proceso en *Nuestros liberales* es sumamente crítica y hasta injusta, al no reconocerle ningún mérito para la construcción de una alternativa de Estado no militarizado y hasta con signos democráticos. La opinión de nuestro escritor es fulminante. Citando una frase que el profesor Ward menciona en su ensayo: «aquí se llama partido liberal el grupo en que los adeptos revientan de puro conservadores, como se nombra Tierra del Fuego al país donde los habitantes se mueren de frío». Cabe señalar que parte de ese liberalismo clásico de González Prada se funda en el humanismo cristiano de Tomás Moro o del padre Bartolomé de Las Casas. Añadiría que ese humanismo cristiano hace emerger los principios que lo rigen desde la perspectiva de los problemas humanos, intentando buscar a Dios, intuitivamente, en la experiencia humana y no solo en la razón. De allí, sin duda, su valor universal y su vigencia.

Es relativamente fácil reconocer hoy que para algunas posturas de política liberal la piedra filosofal del libre mercado se convierte en el elixir que será capaz de transformar a la sociedad peruana eliminando las trabas a la integración social o económica y, por efecto de ella, solucionar nuestros problemas estructurales. El Maestro ha dejado un apunte crítico que sin mucha dificultad es aplicable a esta postura: es imposible lograr la felicidad (hoy diríamos el desarrollo humano integral) sin considerar la eliminación de los prejuicios y la discriminación que separan a los peruanos.

Por ello, estoy de acuerdo con la afirmación del profesor Ward al señalar que «la actividad económica neoliberal o neocolonial puede ser tan opresora como las acciones de un Estado autoritario». En la misma pista, el sugerente ensayo de Pierre-Luc Abramson sostiene que, por esa razón, entre los principios liberales que el Maestro profesa inicialmente y su anarquismo posterior no existe una ruptura. Tal evolución está acicateada por

la impureza de los ideales y prácticas políticas de los liberales de su tiempo, rechazando e incluso calificando como sospechosas a las asociaciones destinadas a liberar al indio de su situación de postración. Esa toma de distancia, con bastante de injusticia y hasta cierto aire de superioridad intelectual, es una consecuencia casi natural de su perspectiva crítica y al mismo tiempo fundacional.

Pienso que una de las tareas pendientes que González Prada dejó fue el ineludible imperativo ético de que la política (liberal o neoliberal en este caso), para ser considerada positivamente como tal, no debe olvidar que su mayor objetivo es contribuir a la realización del ser humano, lo cual se expresa en su capacidad de generar felicidad y no solo crecimiento económico. En ese sentido, me parece pertinente la afirmación de César Germaná respecto a que la propuesta política del Maestro se sustenta en la experiencia clásica griega, donde lo bello tiene que ser verdadero, uniendo la razón y el humanismo, como ocurrió en ese período. No en vano un escritor como Federico More, con humor y perspicacia, calificó a González Prada de «un griego extraviado entre zambos».

Como podemos ver, la riqueza intelectual del Maestro Manuel González Prada, su agudeza intelectual y su intuición son factores que facilitan su vigencia. Como lectores y como interesados en la figura de este notable peruano, no nos queda sino agradecer que esta edición haga una recopilación de estudios dedicados al tema, incluyendo a pioneros locales y extranjeros. Me parece el mejor homenaje a un peruano que trató siempre de dialogar con el mundo desde su perspectiva local. En verdad, esa es la única manera de ser universal.

Jesús Cosamalón Aguilar
Pontificia Universidad Católica del Perú